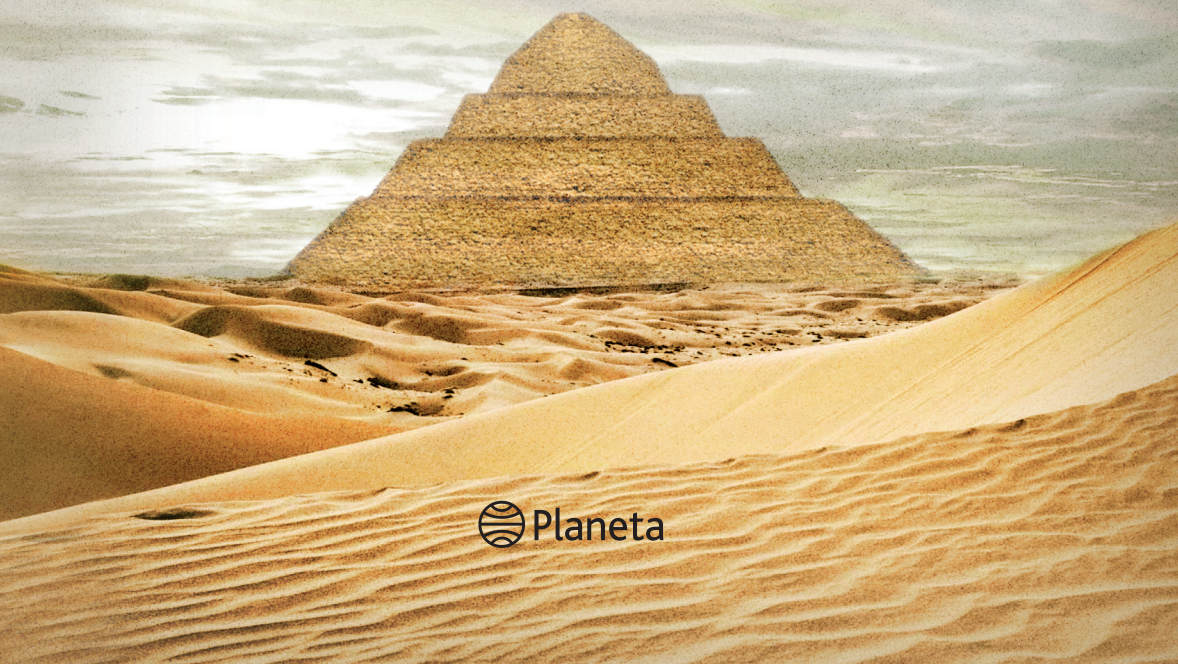
CHRISTIAN JACQ

IMHOTEP
EL INVENTOR DE LA ETERNIDAD



Planeta

IMHOTEP. EL INVENTOR DE LA ETERNIDAD

Christian Jacq

Traducción de Juan Camargo

Planeta

001-480 Imhotep.indd 5 16/09/2013 8:39:31

1

Imhotep contempló el desierto, el territorio prohibido poblado de animales feroces y de espectros agresivos. Al caer la noche, el joven de veinte años debería haber abandonado la peligrosa zona y haber vuelto a su casa, pero al día siguiente de la muerte de su padre, sentía la necesidad de estar solo, lejos de un mundo cuya injusticia le pesaba demasiado.

Hasta que ocurrió la tragedia, la vida le había parecido incluso fácil. Sus padres, unos simples campesinos, se habían jurado ofrecerle a su único hijo una existencia mejor. Y cuando, cinco años antes, Imhotep había sido aceptado como aprendiz con los hacedores de vasijas del taller real de Menfis, su sueño se había hecho realidad.

Un padre no tenía derecho a morir.

¿Por qué los dioses se mostraban tan crueles? ¿Por qué castigaban a una familia tan unida? Mil pensamientos se agolpaban en la mente de Imhotep, indignado ante ese destino inicuo.

La arena crujía bajo sus sandalias mientras avanzaba en línea recta a través de la noche. Ignorando el cansancio, contaba con sus piernas inagotables para ir hasta el corazón de la inmensidad con la esperanza de aplacar su insoportable sufrimiento.

De repente, se detuvo.

Lo estaban siguiendo.

Pero, sin armas, ¿cómo podría enfrentarse a una fiera de caza?

El instinto de supervivencia fue más fuerte, y el joven corrió. Sus pulmones nunca lo habían traicionado, y sus compañeros

001-480 Imhotep.indd 11 16/09/2013 8:39:31

de juego o de trabajo envidiaban su resistencia. Perdido en el seno de un mundo hostil, Imhotep escaló los montículos, bajó corriendo por cuestas pedregosas, rozó matorrales espinosos.

Todavía lo seguían, pero no se trataba de ninguna fiera.

A lo lejos, una sombra roja teñía de sangre el desierto. Una sombra roja de gran tamaño que avanzaba de manera inexorable, conservando el mismo ritmo, en dirección a su presa. ¡Así que los ancianos no mentían! Por aquellas soledades rondaban demonios que se alimentaban del alma de los humanos, y nadie podía escapar de ellos.

Imhotep pensó en su madre, muerta de preocupación. Acababa de perder a su marido y, ahora, no vería volver a casa a su hijo. Por no escuchar más que su propio dolor, le estaba infligiendo una auténtica tortura. Y, si él desaparecía, la desdichada se dejaría morir.

Tras echar pestes por su imprudencia, Imhotep empezó a correr de nuevo. Los gritos horribles de una jauría de hienas no lo asustaron, y se convenció de que lograría distanciarse de la Sombra Roja.

Pero era inútil.

No cedía ni un ápice de terreno.

Imhotep no sabía cuántas horas hacía que se había convertido en la presa de aquella fuerza maléfica, pero resistió la tentación de tenderse sobre la arena y darse por vencido. Al sentir las primeras señales de agotamiento, encontró nuevos ánimos al implorar al dios Ptah, protector de los artesanos, que no lo abandonara.

Entonces oyó un batir de alas por encima de él. Un gran ibis blanco acababa de rozarlo. Bañado por la luz de la luna, el ave de Thot, el maestro de la ciencia sagrada y patrón de los escribas, volaba hacia una zona árida y accidentada donde el joven se vería obligado a reducir la velocidad y se arriesgaba a hacerse un esguince en un tobillo en cualquier momento, a romperse los huesos incluso.

Sin embargo, Imhotep siguió al ibis. A intervalos regulares, el ave describió unos grandes círculos de forma que su protegido no lo perdiera de vista.

001-480 Imhotep.indd 12 16/09/2013 8:39:32

Gracias a una colina escarpada, la Sombra Roja ganó terreno. Con los pulmones ardiendo, el artesano mantuvo una escasa ventaja.

Entonces, de un potente impulso, el ibis llegó a lo alto del cielo, y el espectáculo que Imhotep descubrió desde la cima de la colina lo dejó estupefacto.

El desierto había desaparecido, cediéndole el sitio a un paisaje paradisíaco con estanques, canales, vastas extensiones de caña y de campos de trigo que alcanzaban alturas prodigiosas. Según la enseñanza de los sabios, allí reinaban la paz y la abundancia eternas. Allí vivían las almas de los bienaventurados, los «justos de voz», reconocidos como tales por el tribunal de Osiris. Segaban con túnica blanca de fiesta bajo un sol templado, y sus diversas labores se realizaban sin el mayor esfuerzo.

Pero ¿no decían también los sabios que ningún humano podía ver esas maravillas en vida?

Imhotep dejó escapar un grito de dolor. La Sombra Roja acababa de tocar el talón de su pie izquierdo. Un instante más y treparía por sus piernas.

De un salto, el joven se lanzó hacia el país de los justos. La Sombra Roja no lo siguió, como si una frontera invisible le prohibiera avanzar. Mientras se levantaba de nuevo, Imhotep vio cómo se alejaba.

En el mismo momento en que, sediento, bebió agua pura de un canal, los primeros rayos de sol nacieron en oriente. El canal, los estanques, las cañas y los campos de trigo desaparecieron. Con gran rapidez, el amanecer impuso su ley, y las criaturas del desierto volvieron a sus guaridas. Alrededor del artesano, arena y rocas.

Al levantar los ojos vio el gran ibis blanco que, después de trazar un nuevo círculo, se alejaba en majestuoso vuelo. A pesar del cansancio, Imhotep logró seguirlo. Y, cuando apareció la primera palmera, supo que había huido de la Sombra Roja.

001-480 Imhotep.indd 13 16/09/2013 8:39:32

2

¿Cómo había podido escapársele una presa tan fácil?, se preguntó la Sombra Roja mientras volvía al cuerpo del ser en el que habitaba. Habitualmente se acercaba a sus víctimas sin dejar que la vieran, las envolvía con una quemadura mortal y devoraba sus almas, desde ese momento incapaces de renacer. Marcada con el sello de la muerte, la Sombra Roja se alimentaba del mal, de las tinieblas, de la violencia y de la destrucción. Su única finalidad era luchar permanentemente contra la instauración de Maat, la regla de armonía del universo.

Mientras merodeaba esa noche por el desierto de la ciudad de Menfis, había visto a ese imprudente que se atrevía a explorar un territorio prohibido. Una ocasión inesperada, ¡una caza demasiado fácil! Y, no obstante, la Sombra Roja regresaba con las manos vacías.

¿De qué fuerza disponía aquel chico para haber conseguido escapársele? Incapaz de franquear el muro invisible que protegía el campo de los bienaventurados, la Sombra Roja suponía que el fugitivo se había disgregado al contacto del más allá, ya que, en vida, ningún humano podía ver los canales y los campos del paraíso de los justos.

¿Acaso el joven era un mago experimentado, provisto de fórmulas de conocimiento y capaz de traspasar las murallas de lo invisible? ¡No, no podía ser! Sin embargo, habría sido mejor identificarlo y eliminarlo. En caso de que el imprudente se cruzara de nuevo en el camino de la depredadora, no le daría la más mínima posibilidad de sobrevivir.

Se acercaba la hora de regresar a la corte, que era presa de

001-480 Imhotep.indd 14 16/09/2013 8:39:32

una viva agitación. Gracias a la acción oculta de la Sombra Roja, el reino de Egipto no tardaría en estallar en mil pedazos. Cundiría la anarquía, el palacio sería saqueado y las moradas de eternidad devastadas. La corriente de la desgracia se llevaría todo a su paso, y el impulso de los primeros faraones se esfumaría para siempre.

A la entrada del pueblo no se veía a nadie. Habitualmente jugaban allí niños, y el viejo guardián del horno de pan dormitaba o bebía cerveza. Imhotep, intrigado, se dio cuenta de que las puertas y las ventanas de las modestas casas de ladrillo, pintadas de blanco, estaban cerradas. Desde buena mañana, las dueñas de éstas deberían haber empezado a barrer delante de sus casas, parloteando. El joven artesano, preocupado, corrió entonces hasta su morada en el extremo norte de la aldea, cerca de Menfis, la capital de las Dos Tierras.

Empujó la puerta y descubrió a su madre en cuclillas, sollozando.

—¡Ya estoy aquí! —declaró Imhotep con su voz potente e imperiosa, que continuaba impresionando a sus colegas del taller de los fabricantes de vasijas.

Jeredú[1] abrió los ojos.

—Hijo mío..., ¿de verdad eres tú?

El joven la ayudó a levantarse y ambos se abrazaron tiernamente.

—Tenía miedo de haberte perdido. Sin tu padre, sin ti..., habría muerto de pena. ¿Dónde estabas?

—He estado caminando al azar toda la noche.

—¡Podrías haber sido víctima de los demonios!

—El alma de mi padre me ha protegido.

—¡Te sangra el pie izquierdo!

—Nada grave, una simple herida en el talón. Debo de haberme cortado con una piedra afilada.

1. Según la tradición, la madre de Imhotep se llamaba Jeredú-anj, «Albor viviente».

001-480 Imhotep.indd 15 16/09/2013 8:39:32

Jeredú fue a buscar agua y le limpió la herida. ¡Cuánto admiraba a ese hombre de veinte años que parecía mucho más maduro de la edad que tenía! Alto, musculoso, la frente despejada, las manos firmes pero finas, poseía una mirada de una vivacidad inusual. En él ardía un fuego cuya intensidad incomodaba a veces a sus interlocutores. Solitario, poco hablador, trabajador infatigable, con una sorprendente capacidad de concentración a su disposición, Imhotep había destacado muy pronto sobre otros niños. Sus padres habían comprendido rápidamente que no sería campesino como ellos, y que había que permitirle ir a una escuela. Contratado por un alfarero al que satisfizo por completo, Imhotep había llamado la atención de un contramaestre de los talleres reales de Menfis que buscaba un hacedor de vasijas en piedra dura. El aprendizaje fue largo, las condiciones de trabajo exigentes, y el medio, riguroso. No obstante, el adolescente evitaba quejarse, se concentraba en su trabajo y sólo pensaba en progresar asimilando las técnicas que le eran enseñadas. Según la opinión general, se había convertido en el mejor especialista de su gremio, y merecía desde hacía mucho un ascenso. Su carácter arisco y su rechazo a halagar a sus superiores explicaban ese estancamiento. Imhotep no se preocupaba mucho por ello, pues prefería profundizar en sus conocimientos junto a los viejos profesionales que guardaban los secretos del oficio y los cuales no confiaban de buen grado.

Su sueldo había redondeado los ingresos de la familia, a la que no le faltaba de nada, y se deleitaba con hortalizas procedentes del huerto que Jeredú cultivaba a la perfección. Antes, el padre les procuraba los cereales, la leche, la cerveza y la fruta; el hijo llevaba a menudo carne, pescado y vino. Y la madre tejía cómodas ropas utilizando lino de buena calidad.

—Pareces distinto —observó Jeredú—. ¿Qué te ha pasado esta noche?

Imhotep dudó si responder o no. Si le contaba su peligrosa aventura y su increíble visión, corría el riesgo de desconcertar aún más a la viuda.

—He cometido la imprudencia de enfrentarme al desierto

001-480 Imhotep.indd 16 16/09/2013 8:39:32

y he estado a punto de perderme. Perdóname por haberte preocupado.

—Pero has vuelto, ¡y eso es lo único que cuenta!

—Debo ir a trabajar, madre.

—¿No has visto cómo está el pueblo? ¡Estamos sufriendo una terrible catástrofe, hijo mío! Todas las actividades se han interrumpido, el miedo atormenta los corazones, las miradas están llenas de angustia. Puede que el sol no se alce de nuevo, puede que nos llegue a faltar el aire de la vida.

—¿Por qué razón?

—El faraón ha muerto. Y nadie sabe si tendrá un sucesor.

001-480 Imhotep.indd 17 16/09/2013 8:39:32

3

La ciudad santa de Abydos[2] abrigaba las sepulturas de los primeros faraones de Egipto, que yacían en tumbas de ladrillo más o menos extensas, con forma de banco. También la corte se había desplazado a fin de celebrar los funerales del rey Jasejemui,[3] fallecido al término de un reinado de diecinueve años.

Los altos funcionarios del Estado pusieron mala cara; el primero, el jovial Anjy,[4] sacerdote del dios halcón Horus y jefe de los ritualistas. Vividor, fino conocedor de los textos sagrados y organizador de las ceremonias, aquel cuarentón risueño iba vestido con una túnica que imitaba una piel de pantera. Frente a la estela, leía las fórmulas de glorificación del alma del difunto que el tribunal del más allá reconocería como «justo de voz».

Pero ¿en qué manos dejaría el jefe de los ritualistas el bastón de mando,[5] lo que simbolizaría la legitimidad para gobernar? En efecto, el imponente Zoser, el hijo del difunto, parecía un sucesor probable. Sin embargo, el gran consejo todavía no se había manifestado, y circulaban rumores contradictorios. En Egipto no bastaba con ser hijo de faraón para llegar a serlo a su vez. Las malas lenguas reprochaban a Zoser su autoritarismo, y temían su severidad. Existía el riesgo de que desaparecieran gran cantidad de favores ilícitos y de privilegios, y un gran número de dignatarios temían perder su puesto.

2. A 485 kilómetros al sur de Menfis (El Cairo).
3. «Las dos Poderosas (las coronas) aparecieron en su apogeo.»
4. El museo de Leiden (Países Bajos) alberga una extraordinaria estatua de Anjy.
5. El bastón *âmès*.

001-480 Imhotep.indd 18 16/09/2013 8:39:32

Anjy, precisamente, sentía pesar sobre él la mirada del pretendiente al trono, un coloso de treinta y cinco años[6] de ojos pequeños y acerados. Unos pómulos salientes, unos labios carnosos y una marcada barbilla daban solemnidad a su rostro, y nadie podía dudar de su inflexible voluntad. Era imposible faltarle al respeto o desobedecerlo. Y nadie se jactaba de haber obtenido confidencias suyas ni de conocer sus intenciones.

El jefe de los ritualistas puso cuidado en leer lentamente y con voz firme las palabras divinas que permitieran la apertura de los ojos, de la boca y de los oídos de la momia. Transformaban un cadáver en cuerpo de Osiris, sostén de resurrección. Tras setenta días de embalsamamiento y de ritos funerarios, el rey reposaba por fin en el seno de su morada de eternidad, al abrigo de las fuerzas de destrucción. Con sus miembros y sus huesos reunidos y al completo, disponía de un nuevo corazón de piedra, inalterable.

Su viuda, Nemaat,[7] se mostraba de una dignidad excepcional. Cerca de los sesenta, su distinción se mantenía intacta. Profundamente afectada por la muerte de su marido, era consciente de sus deberes y del papel que cumplía al servicio de su país. Mientras el gran consejo no reconociera el advenimiento de un faraón por aclamación, Nemaat ejercía el poder supremo y preservaba la unidad de las Dos Tierras. Una unidad frágil, un equilibrio precioso y vital. Varios jefes provinciales no dudarían en fomentar disturbios a fin de adquirir más autonomía y de zafarse del control de la administración central. La elección de un monarca débil o titubeante favorecería sus propósitos, y todos temían la llegada al poder de Zoser, cuya fuerza de carácter ya no necesitaba ser demostrada.

Nemaat no infravaloraba el peligro. Desde su punto de vista, Zoser poseía las cualidades necesarias para unir al Norte y al

6. No se ha encontrado la momia de Zoser. El esqueleto de Sanajt, otro rey de la tercera dinastía, medía 1,86 metros. Se describe a Zoser según su estatua de *Ka* descubierta en el *sirdab* de Saqqara.

7. Su nombre completo, Ne-Maat-Hapi, significa «La rectitud pertenece a Apis», toro sagrado que encarna la realeza.

001-480 Imhotep.indd 19 16/09/2013 8:39:32

Sur, enfrentarse a esa hostilidad y servir a los dioses mientras mantenía la coherencia de su pueblo. Sus sentimientos como madre no importaban; sólo contaba su lucidez como mujer de Estado.

—¿Deseáis un poco de agua, majestad? —le preguntó su principal colaboradora, la guapa princesa Redyit, encargada de dirigir la Casa de la Reina, que comprendía escuelas de escritura, de música y de danza, talleres y terrenos agrícolas.

El cabello de un negro azabache, los ojos brillantes del mismo color, elegante y fina, la joven de veinticinco años no procedía de una familia acomodada. No debía ese puesto envidiado más que a sus cualidades, y todo el que la considerara una seductora descerebrada se equivocaba por completo. Decidida, ambiciosa y trabajadora, Redyit se contentaba con amantes de paso y se consagraba enteramente a su pesada tarea.

Atenta a las fases postreras de la ceremonia, Nemaat rechazó el ofrecimiento. En breve, la puerta de la tumba volvería a cerrarse y el sarcófago desaparecería en las profundidades de la cripta, la única parte del monumento que estaba cubierta de losas de piedra caliza. Conforme a la tradición, el resto de la morada de eternidad del rey difunto se componía de ladrillos de adobe dispuestos con cuidado, según las órdenes del maestro constructor Hezyre, un hombre mayor, enjuto y austero, jefe de escribas y de médicos de palacio. Más valía no disgustarle, y nadie había visto nunca la más mínima emoción inscribirse en su rostro anguloso y arrugado. Grande de los Diez, o, dicho de otra forma, jefe de los altos magistrados, aquel hombre arisco de inteligencia aguda llevaba por gusto un largo abrigo que le bajaba hasta los tobillos y una peluca rizada que le cubría las orejas. Con un bastón de mando en mano, raras veces se separaba de los útiles de escriba.

Desde su llegada a Abydos, Hezyre no había pronunciado una sola palabra, y todos se preguntaban si apoyaría a Zoser o a otro pretendiente. Su opinión pesaría mucho, el gran consejo no iría más allá.

Nemaat se acercó al sarcófago y besó el rostro radiante del rey difunto resucitado como Osiris. Luego Anjy ordenó a los ri-

001-480 Imhotep.indd 20 16/09/2013 8:39:32

tualistas que lo llevaran a la cripta. Cuando subieron otra vez, le correspondió a Zoser presentarle a su padre, por vez primera, una ofrenda de vino, de cerveza, de agua, de pan, de carnes, de hortalizas y de perfumes. La esencia sutil de los alimentos vivificaría el alma real y, desde ese momento, un servidor del *Ka*, potencia creadora inmortal, cumpliría el rito todas las mañanas.

Anjy selló el acceso a la sepultura.

El trono de Faraón estaba vacío, el caos amenazaba Egipto.

Un guardia murmuró algunas palabras al oído de la princesa Redyit, quien alertó de inmediato a la reina.

—Majestad, acaba de producirse un grave incidente. Una tumba real ha sido dañada.

Acompañada de Zoser y de Anjy, Nemaat siguió al guardia hasta el dominio mortuorio de Den, faraón de la primera dinastía. Al fondo de dos pequeñas cavidades había unos fragmentos de estatuillas rotas.

—Han profanado este lugar sagrado y perturbado el descanso de nuestros ancestros —constató Anjy.

El jefe de los ritualistas examinó los restos.

—Profieren palabras de odio y de destrucción, seguidas de una declaración: «Soy yo quien os maldice.» ¡Y ese «yo» está en femenino! Un crimen firmado: se trata de una ladrona de almas.

—¿Qué hemos de temer? —preguntó la reina.

—Ese mal espíritu trata de mancillar la necrópolis y de impedir la coronación de un nuevo rey.

—Quememos esos horrores —recomendó la princesa Redyit—. Al destruirlos, les impediremos que causen ningún mal.

Anjy asintió con la cabeza. Llamó a dos ritualistas y les ordenó que dejaran los fragmentos de las estatuillas en dos pequeños cálices de piedra. Les prendió fuego, y la intensidad del chisporroteo, semejante a unos gritos de dolor, impresionó a los asistentes.

—¿Nos hemos librado del maleficio? —se inquietó la reina.

—No puedo asegurároslo, majestad —respondió Anjy—, pues ignoro en qué momento fue cometido este acto abomi-

001-480 Imhotep.indd 21 16/09/2013 8:39:32

nable. Una prolongada impregnación tendría efectos desastrosos.

El veredicto del jefe de los ritualistas ensombreció todavía más aquellos dolorosos momentos.

—El gran consejo nos espera —dijo la reina Nemaat a su hijo Zoser.

001-480 Imhotep.indd 22 16/09/2013 8:39:32

4

En el taller real de Menfis se encendieron los debates. ¿Quién sería el nuevo faraón? ¿Continuaría con la misma política que su predecesor? ¿Se interesaría por la suerte de los artesanos? ¿Escogería otra capital? En ese caso, gran cantidad de servidores del Estado deberían trasladarse, y los talleres no se librarían de la norma.

—De todas maneras, estamos condenados —estimó Narizpartida, un técnico experimentado—. Horadar vasijas en la piedra dura exige demasiado trabajo y dedicación. Muy pronto la administración nos obligará a cambiar de oficio.

—Yo no estoy tan seguro —objetó Imhotep—. La corte y los sacerdotes aprecian los tazones, las copas, los platos y las vasijas de dimensiones y formas variadas. Sirven a la vez a los vivos y a los bienaventurados. ¡Nuestra pericia me parece irreemplazable!

—¡La juventud se alimenta de ilusiones! —exclamó Tiñoso—. Ya que te crees tan hábil, termina entonces tú esta vasija de diorita. El jefe de taller en persona renuncia a ello.

—Esperemos a la coronación de Faraón —recomendó Sagaz, apenas de más edad que Imhotep.

—El período de duelo ha terminado —recordó Tiñoso—. Podemos ponernos de nuevo a la tarea. ¡Muéstranos tu técnica, hijo de campesino!

Tiñoso odiaba a todo el mundo, y al joven Imhotep en particular. Le confió la última broca llegada al taller, una herramienta pesada y difícil de manejar. Habían insertado un taladro metálico en un tubo de piedra caliza, y todo ello contrapesado por

001-480 Imhotep.indd 23 16/09/2013 8:39:32

dos grandes sílex tallados con forma de cuarto creciente. Había que imprimir un movimiento rotativo, sin una rapidez excesiva, y sentir desde el interior la lenta perforación de la piedra para no dañarla.

Imhotep domó aquella herramienta tan esencial que servía para escribir la palabra «artesano»,[8] y tardó mucho rato antes de encontrar el movimiento y el ritmo justos.

Reunidos a su alrededor, sus colegas no vieron entrar al jefe de taller, un sesentón de rostro rugoso y de brazos gruesos. El individuo no bromeaba con la disciplina y castigaba a los perezosos a golpes de bastón.

Nariz-partida seguía dubitativo. Sagaz se mostraba inquieto, Tiñoso estaba emocionado. Evidentemente, Imhotep estaba fracasando. Sin soltura, titubeante, abandonaría o rompería la vasija. El castigo estaría a la altura de su vanidad: expulsión voluntaria, ¡incluso definitiva!

Ni una gota de sudor perlaba la frente del artesano, concentrado en su tarea hasta el punto de olvidar el mundo exterior. Sólo contaba la piedra dura, lista para ceder. La más mínima prisa lo conduciría al desastre.

El movimiento rotativo se interrumpió; Imhotep quitó la broca, cuyo taladro estaba gastado.

Las miradas convergieron hacia el cuello de la vasija, tallado y abierto a la perfección. Ninguna desportilladura.

—¡Eres un hechicero! —lo acusó Tiñoso, cuyas espesas cejas se enarcaron.

Imhotep lo miró directamente a los ojos.

—Y tú, un saboteador.

—¿Cómo te atreves...?

—Has cambiado los sílex que sirven para hacer de contrapeso de la broca. De un peso muy diferente, comprometían la rotación, y tendría que haber roto esa vasija de gran valor. El jefe de taller me habría despedido.

8. *Hemú*, esta raíz implicaba también la noción de «servidor». El primero de todos los servidores del Estado era, por cierto, el propio faraón, servidor de Dios, de los dioses y de su pueblo.

001-480 Imhotep.indd 24 16/09/2013 8:39:32

—Exacto —confirmó este último adueñándose del objeto, que examinó durante largo rato.

Los artesanos se apartaron, esperando el juicio de su superior.

—Excelente trabajo, Imhotep. Ya no tengo nada que enseñarte. En cuanto a ti, Tiñoso, no volverás a tocar una herramienta durante meses; limpiarás el taller y les servirás la comida a los artesanos dignos de ese nombre. A la más mínima desobediencia, serás expulsado de aquí.

—¡Siempre he cumplido vuestras órdenes, jefe!

El sesentón sonrió.

—Continúa mostrándote así de respetuoso hacia mi sucesor. Me han autorizado a retirarme a mi finca, donde educaré a mis nietos.

—Vuestro sucesor... ¿Lo conocemos?

—Acaba de demostrarte su dominio del oficio.

Tiñoso echó una mirada suspicaz en dirección a Imhotep.

—Pero... no será él, ¿verdad?

—¿No reconoces su valía?

Todos los artesanos del taller asintieron con la cabeza. Tiñoso pareció trastornado.

—¡Yo tengo más antigüedad!

—No es prueba de tu capacidad. Te conformas con tus conocimientos, Imhotep no deja de progresar. Sus cualidades son las de un líder.

—¿Obedecerlo, yo?...

—Elige, Tiñoso. O bien te sometes, o bien buscas otro trabajo.

Con los brazos cruzados, Imhotep permanecía impasible y no mostraba ni arrogancia ni satisfacción. Por el contrario, se preguntaba ya si tendría los hombros lo bastante fuertes como para estar a la altura de la función que le confiaban.

Mascullando reproches incomprensibles, Tiñoso se unió a sus compañeros.

—Conoces cierto número de jeroglíficos —le dijo el jefe de taller a su sucesor—, pero deberás aprender a leer y a escribir la totalidad de los signos. La escuela de escribas del palacio está abierta para ti desde ahora mismo. Inscribe tú mismo las marcas

001-480 Imhotep.indd 25 16/09/2013 8:39:32

de la realeza en la etiqueta colgada de esa vasija, la primera terminada bajo tu autoridad.

Mediante un pincel y tinta negra, Imhotep dibujó una abeja, arquitecta y creadora del oro vegetal, símbolo del rey del Bajo Egipto; luego hizo el trazo de una caña, la materia prima más corriente, que servía para fabricar numerosos objetos y símbolo del rey del Alto Egipto. «El de la abeja y el junco» era Faraón, el ser útil y resplandeciente por excelencia.

—Buen pulso, muchacho —juzgó el jefe de taller—. Entrega esta vasija en el templo del dios Ptah hoy mismo. Ahora te toca comandar este grupo de artesanos y dirigir el trabajo lo mejor posible. Sé a la vez severo y justo.

Imhotep habría apreciado más consejos, pero a su antiguo superior no le gustaba charlar, y prefirió abandonar el taller.

Con los ojos llenos de odio, Tiñoso se había adueñado de un mazo de madera y esperaba ese momento para abalanzarse sobre Imhotep y golpearlo en la espalda. Gravemente herido, no podría cumplir con sus nuevas funciones.

Cuando el agresor se lanzó, Sagaz estiró la pierna. Tiñoso la golpeó y, desequilibrado, ejecutó una caída perfecta. Su frente golpeó violentamente el suelo y se dislocó el hombro.

—Me duele —gemía mientras se levantaba con dificultad.

—Los dioses castigan la cobardía —observó Sagaz, risueño, y sus compañeros aprobaron el comentario.

Imhotep se acercó y puso la mano sobre el hombro magullado. De inmediato, un suave calor adormeció el dolor.

Tiñoso abrió unos ojos como platos, sorprendido.

—Yo no te deseo ningún mal —dijo el nuevo jefe de taller—. Me han confiado una misión y cumpliré con ella. El éxito de nuestra labor común será siempre mi objetivo. Sean cuales sean nuestras cualidades y nuestros defectos, todos debemos someternos a esa exigencia. ¿Lo comprendes?

—Sí, sí —asintió Tiñoso, aplacado por la mano de Imhotep.

—Olvidemos los errores pasados y los malos comportamientos, no pensemos más que en llevar este taller a la perfección. Si te niegas a obedecer y si tus actuaciones perturban el espíritu de nuestro grupo, sabré mostrarme despiadado. ¿Me has oído bien?

001-480 Imhotep.indd 26 16/09/2013 8:39:32

—¡No soy sordo!

Como se encontraba bien, Tiñoso se apartó tocándose el hombro, que apenas le dolía.

—¿Qué me has hecho?

Imhotep pareció sorprendido.

—Simplemente te he manifestado mi respeto y mi firmeza.

—Estoy curado, ¡ya no me duele!

—Eres un muchacho fuerte y tu caída no ha sido grave. Concedo un día libre para celebrar mi nominación. Mañana retomaremos el trabajo.

Tiñoso seguía pensando lo mismo: el tal Imhotep poseía los poderes de un hechicero.

Un hechicero peligroso al que había que denunciar a las autoridades para impedir que hiciera daño. En Egipto, la magia negra era un crimen castigado con dureza.

001-480 Imhotep.indd 27 16/09/2013 8:39:32